

## SEMBLANZA DEL DR. ROBERTO TORRETTI

---

Carlos Rojas Osorio  
Universidad de Puerto Rico  
cro683309@gmail.com

\*\*\*

Hoy<sup>1</sup> rendimos un merecido homenaje al Dr. Roberto Torretti, quien fuera catedrático y profesor emérito de este Recinto de la Universidad de Puerto Rico en el Departamento de filosofía, a lo largo de treinta años de fecunda labor. La presente semblanza que leo en su honor se inspira sobre todo en una extensa entrevista (500 páginas) que le hizo el escritor chileno Eduardo Carrasco en 2005, y publicada en 2006 con el título *En el cielo sólo las estrellas. Conversaciones con Roberto Torretti*<sup>2</sup>.

Roberto Torretti nació el día 16 de enero de 1930 y falleció el 12 de noviembre del año en curso. Su bisabuelo era italiano. Su padre estudió un año de ingeniería en Londres, pero al no haber terminado ni conseguido el título se dedicó al trabajo con redes eléctricas. Roberto vivió con sus abuelos hasta los cinco años, mientras sus padres iban a trabajar fuera de la ciudad de Santiago. Tuvo un hermano menor que él, Jorge, médico de profesión. La tía Raquel era una gran lectora y le prestaba libros a su sobrino Roberto. A la edad de catorce años “creía que la propiedad privada de los medios de producción era una barbaridad y que había que entregarle

---

<sup>1</sup> Texto leído el 2 de diciembre de 2020 en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras.

<sup>2</sup> Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2006.

todas las fábricas al Estado” (23). Su padre tenía libros marxistas que leía, y en realidad era marxista, pero nunca militó en el partido comunista. Cuando había elecciones su padre votaba siempre por el candidato de izquierda. Pero solo su padre era de izquierda, y no se enojó con Roberto cuando le dijo que era marxista. El resto de la familia era de derecha. El abuelo tuvo una buena situación económica, pero no el padre de Roberto que siempre estuvo en mala situación. Roberto se llevaba bien con su madre, pero su padre era un poco distante. Su tío Carlos Torretti tenía una buena biblioteca filosófica que Roberto disfrutaba, y con él trabajó un breve tiempo en su oficina de abogado.

A los trece años estuvo estudiando en su colegio el novelista mexicano Carlos Fuentes y fueron íntimos amigos. Escribieron una novela juntos. Agrega que él o su mamá perdieron la novela. La primera parte de la novela se intitulaba “La hoz y el martillo”. Su héroe era miembro del partido comunista. La novela giraba en torno a la guerra mundial europea. En la novela los rusos llegan a Francia y ésta se hace comunista, y su héroe llega a ser secretario del partido comunista. La novela tiene una segunda parte y se titula “1984”, como la novela de Orwell. Ocurre cuarenta años después de la primera parte. En esta parte, el comunismo se derrumba, es decir cae la Unión Soviética y se llega a la hegemonía de Estados Unidos. Comenta Roberto: “Carlos nunca cuenta la historia así; supongo que, por vergüenza, pero ese era el argumento” (50). La forma como escribieron la novela consistía en que conversaban sobre el argumento, y luego uno de los dos escribía. En una visita del año 1970, Carlos le preguntó por la novela y Roberto le dijo que la había perdido él o su mamá. Carlos le replicó que era una lástima porque ese escrito de la novela podía haberse llevarse a la Biblioteca de Princeton, donde están todos sus papeles.

La escuela secundaria la hizo en Grange School. Los profesores eran bastante laicos. Allí aprendió francés y anota que ello “le permite sacar de ahí [de su biblioteca] un libro de Foucault y leerlo”. (63) Algunos de los libros en francés los perdió o se embarraron en un episodio muy caribeño, el huracán Hugo. En especial menciona *Las flores del mal* de Baudelaire, los poemas de Verlaine y de Mallarmé. Este episodio lo cuenta con mucho detalle. Después del huracán decidieron que al jubilarse regresarían a Chile. Un amigo les comentó: “Cambian los huracanes por los terremotos”.

A los catorce años su libro de cabecera era *Los miserables* de Víctor Hugo. A esa misma edad le prestaron un libro de Julián Huxley, *La ciencia de la vida*. Lo leyó en inglés, y se hizo darwinista. Aunque hasta ese momento había sido católico romano, el libro lo convenció que la iglesia católica era enemiga de la ciencia y decidió “someterla a examen” (39). Hizo la prueba de confesarse con un jesuita y le preguntó si la iglesia aceptaba la teoría darwinista. El jesuita le respondió que sí, pero no para el “hombre”, y que el hombre había sido creado por Dios de “un montoncito de barro”. “Entonces ahí mismo yo rompí con la iglesia católica” (40). Y comenta que el cura no pasó el examen. “A partir de ahí empecé a estar a la deriva intelectual cambiando de doctrina cada cuatro meses”. (40) Cuando le dijo a su mamá que ya no era católico, ella no se lo reprochó, pero le pidió que debía seguir yendo a misa con ella como “un servicio social”. Siguió yendo a misa, “se podía ir y estar tranquilo y pensar en la revolución social o en el próximo artículo sobre “la constitución material del mundo” (41). Dejó el catolicismo “porque pretendía una concepción verdadera del universo, y aquella era falsa” (41). Más tarde tuvo un breve retorno al catolicismo, pero era fingido. “La idea de Unamuno de que la muerte es lo que uno menos quiere y que el hombre naturalmente aspira a la inmortalidad y todo eso me hizo una

impresión grandísima. Creo haber hablado de eso en un *paper* cuando escribí sobre Unamuno cuando el centenario en 1964” (160). De todos modos, aunque aquella experiencia era fingida, como dice él mismo, “aprendí a distinguir entre ciencia y religión”. Hacia el final de las *Conversaciones*, alude de nuevo a Unamuno, pero esta vez expresa de modo explícito su pensamiento sobre la muerte: “Para mí, el sentido de esta vida se pierde si hay una vida eterna” (473). Tampoco hay que estar buscando teóricamente el sentido de la vida, pues “le estamos hallando sentido, vivimos rodeados de cosas preciosas” (474).

No leía a Marx como un tratado de ciencia: “el marxismo nunca fue una verdad en el sentido científico, aunque no dejo de tenerle cierta devoción. Pero también se desinfló, mucho más tarde, “y mucho más lentamente por lo mismo que era una teoría complicada” (43). Hacia los diecisiete años leyó a Dilthey: “lo que me encantó de Dilthey es su relación con la fe cristiana, es que para él la falsedad del cristianismo, considerado desde un punto de vista estrictamente intelectual era algo tan obvio, tan natural, que ni se discutía siquiera. Esa actitud, que yo no había tenido hasta entonces, fue un ejemplo muy importante para mí” (45). Siguió leyendo a los físicos: Louis De Broglie, Max Planck, los estudios de Desiderio Papp, y *El significado de la relatividad* de Einstein, aunque dice que todavía no lo entendió. El primer libro de filosofía que leyó fue el de Osvald Spengler: *La decadencia de Occidente*. De la lectura de ese libro le surgió la idea de escribir “Ideas para una filosofía de la Historia universal”, que luego abandonó porque se acabó el tiempo libre del verano. Su profesor de filosofía no le aconsejó que estudiara filosofía. “Se me vino el alma a los pies” (47).

Tenían un club literario en la clase de español, y la directora era Mrs. Balfour: “¡muy educada! Y era socialista”.

Le dio a leer los prefacios de los todos los libros de teatro de Bernard Shaw, que eran ensayos filosóficos en los cuales “hacia una defensa detallada del socialismo y del laborismo” (48). Paradójicamente, cuando leyeron en el club de literatura un poema de Pablo Neruda, él reaccionó diciendo que “eso no era poesía; no tenía metro ni rima”. Explica que en eso era conservador.

Sus estudios universitarios fueron en el área del Derecho. Lo hizo, dice, por eliminación, porque como vimos, su profesor de filosofía no le recomendó que estudiara filosofía. Ni la medicina ni la ingeniería estaban entre sus preferencias. Estudió dos años de Derecho. “En mi primer año, en las tardes me dedicaba a la filosofía, y, sobre todo a leer el *Capital* de Karl Marx, tomo I, porque el tomo II no llegué a leerlo, aunque mi idea era leer los tres. Leía mucho, mucho a Dilthey” (72). Hizo estudios de Filosofía en el Instituto Pedagógico de Chile.

“El prejuicio dominante era que para estudiar filosofía había que saber alemán”, entonces se entregó a su estudio. Cuando ya estaba un poco adelantado leyó a Rilke “Canto de amor y muerte”. “Después me puse a leer a Nietzsche, *El Zaratustra*, y no fue mala la idea, porque la sintaxis es bastante manejable” (75). Ese afán de perfeccionamiento él mismo lo relaciona con su madre: “Mi mamá era muy amante de las cosas bien hechas. Cosía ropa para niños y era como una especie de artífice” (77). Con Jorge Millas tomó algún curso de Filosofía. Luego con Lucho Oyarzún tomó un curso de estética. Impresiona la forma en que leyó a los filósofos, siguiendo un orden histórico. Los *Diálogos* de Platón. Luego la *Metafísica* de Aristóteles, pero confiesa que en esa edad no lo entendió, y vino a leerlo sistemáticamente en Puerto Rico, donde dio cursos sobre la *Física* de Aristóteles, y hasta sobre la *Ética* a *Nicómaco* y la

*Política* (81). Leyó a Descartes y tuvo cierta preferencia por las *Meditaciones metafísicas* que enseñó como una Introducción a la filosofía, tanto en Chile como en Puerto Rico. “Para mí era el modo más obvio de hacer una introducción a la filosofía. No hay que desdeñar lo que son cuestiones didácticas en esta materia. Tú no puedes hacer una introducción a la filosofía con *La lógica* de Hegel. No puedes porque es enfrentar a los estudiantes con una tarea que es imposible” (85). En el momento de estas conversaciones con Eduardo Carrasco, todavía dice: “Ahora sigo gozando con Leibniz, aunque haya perdido toda esperanza de conocer la estructura fundamental de la realidad, como la entendía él” (80). Esta atención a los filósofos cercanos a la ciencia se mantuvo a lo largo de toda su vida: Descartes, Leibniz, Kant, Poincaré, Koyré, Mach, Bachelard, etc.

Su profesor de religión un día defendió la libertad humana. Y Roberto se confesó determinista. El profesor le replicó que no había leído a Aristóteles. Y como dije, en ese momento lo leyó sin entenderlo. Después de Leibniz pasó al estudio de Spinoza: “es un disparate como sistema deductivo”. Los modos de Dios son los particulares y son infinitos. “Ser un modo de Dios es no ser nada, muy poca cosa, como una arruga en una onda”. (84) Como ya se dijo leía a Marx. “Marx me interesaba como ciencia fáctica, pero la filosofía marxista, la filosofía de Engels o de Stalin, esa nunca contó” (86). Agrega que Lenin tampoco. *Los manuscritos económico-filosóficos* los leyó mucho más tarde; “cuando aparecieron se pusieron de moda y no me impresionaron tanto, pero los leí” (86).

Después de Kant, “leí a Fichte, leí a Schelling, leí a Hegel, leí a Nietzsche” (86). También leyó a Husserl, y dice que en Puerto Rico dio “una vez un curso sobre *Las*

*investigaciones lógicas*, y otro sobre la *Crisis*”, sobre la cual su esposa Carla Cordua escribió un excelente libro<sup>3</sup>. Entre los filósofos más recientes, Roberto leyó a Heidegger y Sartre. A Sartre lo encontró un poco escolástico en su vocabulario, con términos como esencia, existencia; aunque agrega que la lectura de *El ser y la nada* le fascinó. También leyó las obras literarias de Sartre, como *Los caminos de la libertad* o *La náusea*.

Formaron un grupo de estudio que se dedicaba a la lectura de obras filosóficas. En ese grupo conoció a Carla, que “ya estaba casada”. Pero al volver en agosto de las vacaciones de invierno, le contaron que se había separado” (90). Solicitó una beca para ir a estudiar filosofía en Alemania. El profesor Rüsich fue decisivo para que le otorgaran la beca. Rüsich era amigo del consejero de la Embajada alemana, y “parece que habló maravillas de mí” (97). Después de la guerra, las primeras tres becas que dieron una fue para estudiar filosofía, “y me la ganó yo” (98). Estando de profesor en Concepción comenzó el proyecto de escribir un libro sobre Kant: “mientras lo escribía, leía cuestiones de física que podían ser relevantes” (100). Y solo cuando trabajó en Puerto Rico volvió a estudiar matemáticas. Aunque dirigía la revista *Diálogos*, este trabajo lo hizo desde la casa, y le quedaba tiempo para estudiar matemáticas. El estudio de la matemática “lo hallo fascinante, porque hallo que es una de las poquísimas áreas del pensamiento humano en que se puede ser claro, y a mí la claridad me encanta, aunque sea claridad para nada” (162). No era solo un *hobby*, sino que entendía que iba a “dedicarme a la filosofía de la ciencia”. “Después del libro de Kant empecé a interesarme en la geometría” (103). “En el

---

<sup>3</sup> *Verdad y sentido en La crisis de Husserl*, Santiago de Chile, RIL editores, 2004.

libro de Kant, éste aparece como la pieza clave en la filosofía moderna de la física” (108). Por eso cuando estudia a Kant se interesó en la filosofía de la ciencia. Esta fue la transición desde Kant a la filosofía de la ciencia. “Hasta Spengler decía que en el siglo XX la actividad más importante de la cultura occidental era la ciencia” (109). “La física de Aristóteles uno diría que es filosófica y nace de un interés de cómo las cosas son. Y ese era el interés de Galileo y también de interés de Newton” (111). Sin embargo, en este momento de su evolución intelectual afirma que, aunque, leía los físicos “con fascinación, pero me urgía más la cuestión social entonces, me interesaba más Marx” (112).

Mario Bunge le recomienda que estudie geometría diferencial, pues sin ella no puede avanzar ni un paso en el proyecto de estudiar la historia de la geometría. Bunge le envía un capítulo que había escrito sobre “espacio y tiempo”, para que opine sobre él, y le hace algunas recomendaciones que su amigo aceptó. Bunge fue también generoso e hizo varias recomendaciones para la publicación de sus libros, y para una beca Guggenheim que obtuvo. Bunge lo invitó también al primer congreso de Filosofía exacta<sup>4</sup>, y allí Roberto leyó un trabajo en el que le critica a Bunge la tensión que se presenta en su filosofía entre el realismo científico y el ficcionalismo matemático.

Torretti confiesa que se metió en temas muy dispares como “Kant, la geometría y la relatividad”. “Esas cosas son muy dispares, nadie en el mundo las combina. Entonces ahora me celebran porque lo hacía” (112). Elogia al filósofo de origen ruso Alexander Koyré, pues Roberto hace algo parecido. Torretti confiesa que no quiso quedarse en Kant y

---

<sup>4</sup> Montreal, 1976.



ser un mero especialista. No le gustaba la especialización, por eso combinó esas tres áreas tan diferentes.

Torretti alude varias veces a “los golpes de la fortuna” que jalonaron su vida, como cuando se ganó la beca para estudiar en Alemania. O cuando “[e]n el año 68, justo estalla la reforma universitaria y se casa mi hijo. Justo a tiempo, en el minuto en que por última vez se daba la situación de que en la Universidad de Puerto Rico estaban dispuestos a traer extranjeros, y en particular a extranjeros que allá consideraban de izquierda, justo me contrataron. Y el año siguiente ganan las elecciones el partido de derecha y viene una reacción fuertísima contra todos los extranjeros que importaban ideas foráneas. Ahora como yo no representaba esas ideas porque había sufrido una conversión a raíz de la experiencia chilena, entonces no pasó nada, quedé muy bien, me nombraron catedrático titular rápidamente después de ser profesor invitado” (112). Y agrega que incluso fue director interino por un año del departamento de filosofía. También durante ese año preparó la antología: *Problemas de la filosofía. Textos clásicos y contemporáneos*, que todavía hoy seguimos utilizando en los cursos. Si no hubiera aprovechado ese “golpe de fortuna” habría “quedado anquilosado por 17 años, durante toda la dictadura” (117).

Roberto llegó a Alemania el día 3 de marzo de 1953. Carla había llegado cuatro meses antes. “Habían pasado menos de ocho años después de terminada la guerra (7 años y meses). Era el primer año en que había racionamiento de carbón”. “Había mucha pobreza, los estudiantes eran muy pobres” (118). Carla había llegado a Colonia. “El invierno en Colonia es cosa seria” (118). Roberto llegó para estudiar en Friburgo, pero antes de comenzar las clases estuvo un mes con Carla en Colonia. Había ido a Friburgo por recomendación del profesor Ernesto Grassi. En Friburgo estaba el profesor

Wieland Szilasi, que era amigo de Grassi (y también de Heidegger). Carla y Roberto se casaron en Friburgo. Pero antes tuvieron que hacer algún papeleo en el ministerio de Justicia de Baden para que autorizaran el matrimonio, pues Carla había anulado su primer matrimonio en Chile. Los casó el alcalde de Friburgo. Un poco más tarde Carla se pasó a Friburgo y de este modo “íbamos los dos a la Universidad, tomábamos las mismas clases, y con los mismos profesores. El mismo programa”.... “Leíamos los mismos libros, aunque no en voz alta, sino cada uno por separado”. ... “Leíamos mucho a Kant” (119). En Friburgo “en noviembre nos moríamos de frío, porque la dueña empezó a ahorrar calefacción. A pesar de que era dueña de una bodega de carbón que era su principal negocio” (119). Pero llegado el invierno se fueron a vivir a un pueblito de la Selva Negra, Waldkirch, “lo recuerdo como una cosa preciosa” (120). Un poco hacia el Sur está Todnauburg donde vivía Heidegger, “y yo llevaba a Carla a pasear delante de esa casa en nuestras bicicletas” (120). En Friburgo estudiaba mucho a Kant; Szilasi dio un seminario sobre la *Crítica del juicio*, y daba también seminarios los viernes en su casa a un pequeño grupo de once o doce estudiantes seleccionados por él mismo. Carla y Roberto asistieron a los seminarios pues se llevaban bien con Szilasi, además que habían sido recomendados por Grassi. Varias veces fueron invitados a almorzar en casa de Szilasi. “Tal vez nosotros jovencitos latinoamericanos le recordábamos su Hungría natal” (122). Roberto comenta que “la experiencia en Alemania fue buenísima, aunque tuviésemos que comer mazamorra malísimas. Para ahorrar comíamos mal” (122). “Todavía había tropas de ocupación, tropas francesas en la zona en que yo vivía” (122). En Alemania pasó dos años; Carla se vino un poco antes. La tesis doctoral de Roberto fue en el pensamiento político de Fichte. Es una tesis breve, que

como él dice, nunca publicó<sup>5</sup>. Dejó Alemania a fines de 1954. La Alemania de entonces le produjo un choque; había escombros incluso en el centro de la ciudad de Friburgo. “Me impresionó Europa. Yo suponía que Chile era menos civilizado, pero no tenía idea de lo que eso significaba hasta que viajé a Europa” (124). Pero agrega: “De todos modos era un país en el que los tranvías urbanos cumplían su horario” (124). “Era una gente disciplinada, los estudiantes estudiaban, nunca hubo una huelga por solidaridad con Corea, o con Vietnam o con Cuba, o con Groenlandia, o con el planeta Marte; mientras yo estudiaba en Alemania se iba a la universidad a estudiar”. (124) Más tarde con lo que se aprendía podías luchar por el cambio social. “Muchos lo habían hecho. El mismo Marx desde luego”. (124)

“La vuelta a Chile fue traumática, para empezar, éramos paupérrimos”. (125) Carla dictaba una cátedra como profesora interina. Roberto consiguió también una cátedra de filosofía en Valparaíso. Allí permanecía dos días de la semana y se hospedaba en casa de la tía Isabel Lerco Torretti. Allí empezó su carrera profesional. Daba un curso de introducción a la filosofía y seguía las *Meditaciones metafísicas* de Descartes. Renunció a este trabajo en Valparaíso, pues le llegó la noticia de que “había ganado un trabajo en Nueva York, y yo le dejé todo, renuncié y me fui”. (127) Esto sucedió en diciembre de 1955. Carla llegó después. Roberto fue a trabajar en las Naciones Unidas como traductor. Era pues un puesto burocrático, no de enseñanza. Era mal pagado, pero al menos ganaba para mantener a Carla y el niño, “en Chile no podíamos hacerlo, ni siquiera

---

<sup>5</sup> Sin embargo, hay un artículo de Roberto Torretti en la *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico sobre Fichte: “Contrato social y economía dirigida en el pensamiento político de Fichte”, (VIII, 4, 1964), pp. 357-375.

con lo que nos pagaban a los dos” (128). De todos modos dice que vivieron en Nueva York en forma modesta. Durante su tiempo libre siguió estudiando filosofía por su cuenta, se dedicó a la lectura de los filósofos políticos: Maquiavelo, Montesquieu, Rousseau. “Después cuando fui a Puerto Rico me fue muy útil”. En efecto, enseñó filosofía política, especialmente porque había ingresado en la Facultad de Ciencias Sociales. También durante el tiempo libre en Nueva York estudió griego.

Al final de este periodo en Nueva York “nos ofrecieron sendas cátedras en la Universidad de Puerto Rico, y las aceptamos, aunque significaba para mí una caída económica drástica” (132). Era importante, dice, volver a la vida profesional y también Carla podía volver a la enseñanza. “Fuimos contratados por la Facultad de Estudios Generales que era una facultad inventada por el decano Ángel Quintero -que después llegó a ser ministro de Educación en Puerto Rico-, en imitación de la idea de Estudios Generales de Robert Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago” (135). “Cuando estaba en Puerto Rico en los años 58 al 61, entre mis colegas y entre mis amigos yo hacía bastante propaganda ideológica; digamos que hacía una defensa razonada del marxismo. Por ejemplo, frente a Manuel Maldonado Denis, que venía llegando de Chicago recién doctorado en Ciencias Políticas, con Leo Strauss”. Y agrega: “Puede que las conversaciones conmigo hayan convertido a Manuel. Después era partidario vigoroso de la revolución cubana” (141). En el 61 regresa a Chile a enseñar en Concepción. Y en 1969 vuelve a Puerto Rico. Y comenta: “Cuando regresamos a la Universidad de Puerto Rico ya no era de izquierda” (143). Confiesa que no había participado en política activa sino en dos ocasiones. “Sólo en 1960, cuando los obispos católicos montaron una campaña para impedir la reelección de Muñoz Marín, allí salí una vez a las calles con

un puñado de compañeros universitarios, llevando una bandera negra en señal de luto. Esa ‘marcha del silencio’ llegó hasta la puerta del palacio arzobispal en San Juan Viejo. Es la única manifestación en que he tomado parte en mi vida” (143-144). En realidad en Chile también participó en manifestaciones en contra de la Reforma universitaria. “Pensaba que la dichosa reforma no podía ser peor, que perseguía exactamente lo contrario de lo que yo pensaba para la universidad. La universidad debe dedicarse a la búsqueda de la verdad” (144).

A la pregunta de Eduardo Carrasco de cómo dejó de ser marxista, responde: “En parte vino de dejar de ser marxista en filosofía de la historia...Pero igual seguía convencido de que el comunismo iba a triunfar en el mundo del siglo XX. Estaba convencido de eso” (144). De hecho, prosigue, “yo esperaba que Fidel fuera el punto de partida de una revolución socialista hispanoamericana” (144). En Chile se convenció de que los grupos de izquierda no eran tan de izquierda, “no pensaban en renunciar a sus privilegios de clase que de hecho tenían” (145). “Lo único que querían era desplazar a la gente que tenía aún mayores privilegios dentro de la sociedad” (147). Es importante la siguiente observación: “En la Unidad Popular hubo sobre todo una falla de los dirigentes medios y máximos, no del llamado pueblo” (149). Concluye esta sección diciendo que no habría vuelto a Chile mientras estuviera Pinochet en el gobierno.

Hay una sección de las *Conversaciones* dedicada a comentar sus libros. El primer libro que publicó fue el de Kant. Como ya vimos desde muy joven fue lector del filósofo de Königsberg. Estando en Concepción tuvo el proyecto de escribir un libro sobre Kant. La oportunidad se presentó cuando surgió la posibilidad de una beca Humboldt en Alemania. De nuevo fue el profesor Rüsck quien lo

recomendó, y ganó la beca. Escribió algunos capítulos antes de viajar a disfrutar de la beca. Luego en Alemania actualizó su bibliografía. La idea era un libro sobre Kant en castellano no tanto para especialistas sino accesible a la generalidad de la comunidad filosófica. El libro se publicó en 1967 con ayuda de la Universidad de Chile. De momento no tuvo mucha difusión. Luego salió una segunda edición en Buenos Aires en la editorial Charcas, que sí logró mayor difusión. La tercera edición es de 2005, y fue corregida y actualizada sobre todo en las informaciones relacionadas con la ciencia y la filosofía de las ciencias.

Carrasco le pregunta cuál fue su transición de Kant a la filosofía de las ciencias. Y aclara que ya en el libro de Kant hay reflexiones sobre filosofía de la ciencia, y en especial sobre física y geometría. Su próximo libro fue *Philosophy of Geometry from Riemann to Poincaré*, que es una historia de la geometría desde Riemann. Le interesó la transformación que la teoría de la relatividad hace en la concepción del espacio. El espacio euclidiano lo llamamos natural solo porque forma parte de la mecánica de Newton. Pero ese espacio euclidiano ya no nos sirve para la teoría de la relatividad. Esa conjunción fue la que le llamó la atención. De ahí que inmediatamente después escribió *Relativity and Geometry*. Y hay un libro de ensayos publicado en Mérida, Venezuela, intitulado: *La geometría del universo*.

Después de estos libros quiso publicar uno que reflejase sus compromisos filosóficos; se intitula *Creative Understanding*. La idea es muy clara: no hay un sistema ahistórico de categorías como los que presentan Aristóteles y Kant. Las categorías son creación de la mente humana a lo largo de la historia. Es posible que el hombre de Neanderthal tuviera alguna idea de substancia o cosa; Aristóteles nos da otra idea, substancia es cada ser

individual, incluso un caballo; Kant entiende por sustancia la materia en cuanto se conserva a lo largo del tiempo. Y así sucesivamente. Las categorías se transforman porque son creaciones de la inteligencia humana. La observación conlleva conceptos. “Le imponemos a la naturaleza una articulación según nuestros conceptos matemáticos” (288). Las teorías científicas son redes de estructuras. Aquí sigue un estructuralismo epistemológico como el de Sneed, Stegmüller y el venezolano Carlos Ulises Moulines, catedrático en la Universidad de Munich. “Los físicos representan las realidades de su competencia mediante modelos que son estructuras matemáticas” (289). De todos modos Roberto Torretti critica al estructuralismo epistemológico ya que el estructuralismo tiene una visión estática de las estructuras, las presentan como pirámides egipcias una tras otra, sin un vínculo dinámico. Para Roberto Torretti, todo es histórico. “Abrazo y acompaño el historicismo radical de Foucault, y siempre he sostenido la idea de las rupturas, de la innovación sin precedentes” (94). También la idea de “*episteme* de Foucault me parece muy interesante como sustituto de la razón pura kantiana” (94). Estando en Chile, ya después de la jubilación, escribió un extenso artículo sobre Gaston Bachelard, con quien se muestra muy de acuerdo. Confiesa que este libro sobre el “entendimiento creador” no tuvo mucha acogida. Solo algunos amigos lo elogiaron. Pero la publicación de este libro le valió que la editorial Cambridge University Press le invitara a escribir un libro sobre física y filosofía, y que se publicó en 1999 (*The Philosophy of Physics*). En el prólogo de este libro le da un efusivo agradecimiento a la Universidad de Puerto Rico “por este continuo respaldo a mi investigación, pero sobre todo tengo que agradecerle a la Universidad y al pueblo de Puerto Rico por veinte años de completa libertad académica y casi completa tranquilidad,

en una época en que esos prerequisites de mi trabajo no podían darse por descontados en mi país” (218). De hecho, como relata él mismo, a partir de ahí, para escribir su libro *El Paraíso de Cantor*, le concedieron dar solo tres horas de clase semanales y la dirección de la revista *Diálogos*. Que siempre hacía con absoluta responsabilidad y dedicación. Y que hizo de la revista una de las mejores del continente.

En las *Conversaciones* llega hasta aquí el comentario de sus libros publicados. Pero después de la jubilación, ya en Chile ha publicado una serie de ensayos maravillosos, todos en el área de la historia filosófica de la ciencia. La preferencia de Torretti es por la filosofía en estrecha relación con la ciencia. La metafísica está acabada (231). En la actualidad hacemos filosofía de la ciencia, o filosofía política o filosofía de la religión, pero no metafísica. Está de acuerdo con Ludwig Wittgenstein en su idea según la cual la metafísica nace de los embrujos del lenguaje (241). En su filosofía de la ciencia prefiere una lectura internalista, sin desconocer los factores externos (sociales o políticos). “A mí me gusta acentuar la dinámica interna de la ciencia. No voy a negar los factores sociales. Pero hallo que los factores internos son muy poderosos” (315). Hace alusión al caso de Lysenko en la Unión Soviética, y reconoce que en ese caso había factores externos, parecía convenirle al estalinismo. Asimismo, afirma: “Yo estoy convencido de que la ciencia, o las *ciencias*, desde la llamada revolución de Galileo hasta hoy han sido un área de racionalidad, aunque haya estos factores sociales” (317). Opina que la modernidad no es monolítica, sino que hay que ver periodos y épocas en ella. “Yo creo que sería muy insensible un historiador que no reconociera las épocas dentro de la edad moderna. Pónte tú, Foucault veía cuatro épocas, por lo menos” (319). Torretti rechaza también una unidad de la ciencia como la que predica la Enciclopedia de la ciencia unificada promovida por el Círculo de Viena.



Siempre habla de ciencias, y no de la ciencia. Pues son muy diferentes las ciencias físicas, de la biología, o de las ciencias sociales. El reduccionismo de pretender explicarlo todo desde la ciencia física lo rechaza. “Insisto en la no unidad de la ciencia, unidad y no unidad” (321). En lugar de la imagen arborescente de las ciencias, sería mejor hablar de “una colonia de corales”.

En lo que hemos podido apreciar hasta ahora sobresale el filósofo de la ciencia y la matemática. Pero Roberto era también un gran amante de la literatura y del arte. Hay dos capítulos en las *Conversaciones* dedicados a estos temas. Voy a poner solo un ejemplo a manera de muestra. Se refiere a Dostoievsky, y le explica a Eduardo Carrasco el pasaje del gran inquisidor. “...Hay un episodio en que Iván Karamasov le cuenta a su hermano menor este cuento, esta fantasía que ha tenido de un episodio del siglo XVI en España. Van a quemar a un hereje y ese hereje es Jesucristo que ha vuelto a la tierra, Jesucristo en persona...Y el gran Inquisidor lo manda tomar preso y se encuentra con él y le dice: ¡Para qué has vuelto a fastidiar, cuando tenemos todo bien organizado y a la gente la estamos haciendo feliz dentro de sus posibilidades..! ¡Tú vienes aquí a estropearlo todo, a predicar la libertad! Esa figura del gran Inquisidor a mí me impresionaba enormemente” (165-166). En el caso de la pintura resalta la figura de Goya. Cito su comentario a los fusilamientos del tres de mayo. “La genialidad con que Goya anticipa dos siglos de historia humana me conmovió cuando vi el cuadro y todavía me conmueve. Ahí el modo como sale la luz de ese fanal, la masa gris de los soldados que no dan la cara y aparecen como las piezas de una sola máquina de matar, el terrón de sangre en el cráneo roto de ese hombre caído en el primer plano, en suma, todos los factores formales conspiran para darte un ‘mensaje’ vivo, que sabes verdadero, y que por eso mismo te impacta como tal” (360). A pesar de

que afirma que él no busca en la pintura un mensaje o un contenido, sino los aspectos formales, en este caso el mensaje es claro y verdadero.

Hemos podido apreciar los grandes cambios que se producen en la mentalidad de Roberto Torretti; se desprende del catolicismo y se hace ateo, no sin algunos altibajos. Durante toda su juventud y hasta el 1968 fue un marxista convencido, pero desilusionado se convierte al demo-liberalismo. De un determinismo estricto que niega la libertad evoluciona hacia la soberanía del azar y los determinismos son solo islotes en los que la ciencia teoriza que existen leyes de la naturaleza; la libertad es afirmada amplia y profundamente. Adquirió una fe completa en la ciencia desde que leyó sobre Darwin, pero con el tiempo se hizo crítico y examina cada teoría antes de aceptarla. La mayor continuidad de su pensamiento está en su entrega al estudio de la filosofía unida siempre a la ciencia; y en el ámbito de las actitudes predomina como ya vimos su esfuerzo de perfeccionamiento, de hacer cada cosa bien hecha, cada saber que emprende llevarlo hasta el máximo de su plenitud posible para él.

En definitiva, Roberto Torretti fue un ser humano de excelencia, dedicado al saber, especialmente al conocimiento científico y filosófico, pero que aunaba en sus amplias inquietudes el amor al arte y a la literatura, a la historia y hasta la teoría política. Sus grandes méritos son dignos de admiración y emulación, y su obra una cantera de conocimientos que nosotros y las nuevas generaciones podemos y debemos beneficiarnos de ellas. En la Universidad y el Pueblo de Puerto Rico le estaremos eternamente agradecidos, y toda la comunidad filosófica Latinoamericana rinde hoy homenaje a uno de sus más grandes y nobles exponentes del “amor a la sabiduría”.